



Cornualles, mayo de 1934

Sombras crepusculares se extendían sobre las inmaculadas praderas de césped de Landrake House, la quietud del campo sobresaltada por el graznido estremecedor de los pavos reales.

Fitz Falconer se encontraba en la biblioteca de la primera planta cuando se recibió la llamada transatlántica desde Nueva York. La biblioteca era una estancia elegante, tenuemente iluminada, con las librerías divididas por columnas con bustos clásicos. La máquina de escribir de Fitz estaba en una de las dos mesas de madera de roble, rodeada de libros y papeles esparcidos a su alrededor; siempre se adueñaba de la biblioteca durante sus frecuentes visitas a Landrake House. Su hermana, que había fallecido hacía más de doce años, había sido la mujer de lord Landrake, y aunque Fitz era veinte años más joven que Jerry Landrake, congeniaba a las mil maravillas con su cuñado.

Cuando hubieron transcurrido los tres minutos, oyó el leve chasquido del supletorio al ser colocado de nuevo en su sitio. La secretaria de lord Landrake, la señora Harbinger, había estado escuchando a escondidas, como de costumbre, maldiva fuese. En cuyo caso, más le valía comunicar la noticia a las chicas rápidamente, antes de que lo hiciera ella.

Se acercó a la ventana y contempló el exquisito paisaje que siempre conseguía deleitarlo, percibiendo el fragante aroma de las enormes y cremosas magnolias del árbol que trepaba a espaldera por la tapia de debajo de las ventanas de la biblioteca. Quedaba todavía un rastro de calor en el aire, después de un día agradable.

Su sobrina mayor, Philippa Landrake, venía andando por el césped, abajo, con un vestido blanco de tenis y con una raqueta en la mano. Miraba a su acompañante —un hombre joven con hombros de atleta— y se reía.

—Philippa —la llamó Fitz desde la ventana—. Quiero hablar contigo.

Ella miró hacia arriba con un ligero mohín.

—¿Ahora? ¿Es necesario? Dame media hora para bañarme y cambiarme, estoy horriblemente acalorada.

—Ahora. Ha llamado tu padre desde América.

—Santo Dios, ¿de verdad que ha llamado? Eso cuesta una fortuna, ¿qué ha pasado?

El hombre joven lanzó una mirada a Fitz y entonces miró de nuevo a Philippa. Le cogió la raqueta y atornilló el marco en su bastidor de madera y se la devolvió.

—Yo me marcho ya. ¿Por qué no te vienes mañana a Bosworth para echar otro partido?

—Puede —respondió Philippa, y se despidió de él con una sonrisa encantadora.

Parecía una Diana joven, subiendo las escaleras corriendo con gracilidad hasta la terraza de abajo, acompañándose del

balanceo de su raqueta. Dos minutos después estaba en la puerta de la biblioteca, algo curiosa pero con esa contención que formaba parte esencial de su naturaleza.

—¿Qué quería padre?

— Toda una sorpresa, la verdad. No te va a gustar. Se ha casado.

Impasible era el epíteto que con más frecuencia empleaban los amigos de Philippa para describirla. Sus enemigos y sus hermanas optaban por la palabra «fría». Y su mirada era glacial cuando miró incrédula a Fitz.

—¿Que se ha casado? ¡Por amor de Dios, qué poca cabeza tiene este hombre! Vamos, suéltalo, ¿con quién se ha casado? No con alguien de nuestro mundo, eso ya lo puedo ver por tu expresión. No me digas que ha perdido el juicio y que se ha casado con alguna camarera o con alguna corista. Y americana, no hace falta que me lo digas.

—La cosa no llega a tanto. Es inglesa. Actriz, y bastante famosa, por cierto. Habrás oído hablar de ella: Rosina Otway.

Los ojos azules pestañearon.

—¿Rosina Otway? La he visto, montones de veces. Guapa, pero no es joven. Muy conocida, desde luego, y con una sarta de amantes. ¿Por qué diantres se ha casado padre con ella, por qué no se ha puesto simplemente a la cola para compartir su lecho?

—Ya basta de ordinarieces, Philippa —dijo una voz desde la puerta.

Que la señora Harbinger apareciese había sido solo cuestión de tiempo. Era prima de los barones de Landrake y había venido a Landrake House en calidad de secretaria-acompañante de la Baronesa Viuda, y llevaba tanto tiempo allí que parecía formar parte del paisaje. Conocía la casa al milímetro y estaba enterada de la mayoría de los secretos de la familia. Por los dos puntos brillantes en sus pómulos huesudos, saltaba a la vista que estaba enojada.

—No hay ninguna necesidad de faltarle al respeto a tu padre ni a la nueva baronesa.

—No me sermonees, Harby, no estoy de humor. Además, ¿por qué no habría de hacerlo, si lo va a hacer todo el mundo? Santo Dios, va a ser el hazmerreír.

—No en Landrake House, aquí no.

—El condado entero la detestará.

Fitz meneó la cabeza.

—Lo dudo; además, ¿desde cuándo le importa a tu padre la opinión del condado?

Los pensamientos de Philippa habían tomado nuevos derroteros.

—¿Y qué pasa con Esmond? ¿Cuántos años tiene esa maldita mujer?

—Treinta y nueve —dijo la señora Harbinger—, pero es poco creíble. Todas las actrices que han rebasado la frontera de los cuarenta tienen treinta y nueve durante unos cuantos añitos.

—Si tiene treinta y nueve años, o una edad parecida, todavía es joven para tener un hijo, y, si es niño, Esmond se queda fuera.

—Tiene una hija criada —les informó la señora Harbinger—. Jen se lee todas esas revistas de estrellas de cine y actrices y nos contó lo que sabe. Esa chiquilla me deja pasmada: es incapaz de recordar un solo día dónde ha dejado el plumero, pero jamás se le olvidará el menor detalle trivial sobre algún personaje de la farándula. La hija tiene veintiséis o veintisiete años, dice. Se llama Cleo y trabaja en la casa de modas Joulbert's, eso es todo lo que sabe.

—Como maniquí, supongo —dijo Philippa con repulsión—. En todo caso, si nuestra nueva madrastra es tan vieja, a lo mejor Esmond está a salvo. Tengo que ir a contárselo a los demás, supongo que se habrá enterado ya todo el servicio de

la casa, ¿verdad, Harby? Más vale que les informe yo primero. ¿Qué más ha dicho padre, tío Fitz?

—No mucho más. Que zarpaban hoy, que llegaban el fin de semana, que a las niñas os manda su amor.

Philippa sabía dónde estarían los demás y, rápidamente, subió el tramo principal de la escalera, cruzó un rellano y subió otros dos tramos más. La Galería Larga, una de las joyas de la casa, discurría a lo largo de toda la planta superior de la mansión. Las ventanas con parteluces, dispuestas en leve saliente, dejaban entrar formando haces la luz del crepúsculo, iluminando los oscuros retratos que pendían a lo largo de la pared interior.

Hacía mucho que la generación más joven de la familia Landrake se había apropiado de la galería, convirtiéndola en su territorio particular. La llamaban La Bolera, en consonancia con su extensión, larga y estrecha, y con su piso de madera pulida, perfecto para jugar a los bolos los días lluviosos. Disponía de algunos muebles cómodos, sofás retirados de la planta de abajo, sillones colocados alrededor de una de las chimeneas de piedra, cuyo hogar estaba vacío esta noche templada, y un escritorio, dominio exclusivo de Tissy, que dedicaba gran parte de su tiempo a escribir en él.

En la otra punta de la habitación había un pianito de cola, y un hombre de cabellos negros, de unos treinta años, estaba sentado ante él, tocando una composición de Cole Porter, que hacía furor ese año. Una chica más joven estaba sentada debajo del piano con las piernas cruzadas, tapándose los oídos con los dedos, concentrada en la lectura de un libro.

—*Night and day, you are the one*—cantaba con voz melodiosa Esmond Landrake cuando Philippa entró—. ¿Qué pasa, Philippa? Por la cara que traes, parece que algo horripilante hubiese saltado sobre ti de improviso.

—Has acertado. Padre telefoneó desde Nueva York. Se ha casado.

Se hizo un súbito silencio. Tissy dejó en la mesa la pluma y se apartó el pelo de la frente. Matty salió de debajo del piano y miró a su hermana mayor con unos ojos aún más brillantemente azules que los de Philippa.

Las tres hermanas eran extraordinariamente rubias; Philippa con sus finos rizos color plata dorada, Tissy con sus ondas en tono ceniza y Matty con sus trenzas rubias tirando a rojizo. Tissy era una mala imitación de la radiante belleza de su hermana, y la inclinación amohinada de su boca no la favorecía mucho precisamente. Matty tenía la gordura propia de sus trece años, pero algún día podría superar en belleza a Philippa. Ella fue la primera en hablar.

—Qué idiota. ¿Por qué le ha dado por ahí?

—Por el sexo —dijo Tissy, al tiempo que dibujaba una complicada margarita en el margen de los renglones pulcramente escritos—. Les da a los hombres de su edad.

—¿Qué hay de malo en tener una amante? ¿Por qué tiene que casarse?

Esmond se levantó del piano.

—Debería darte vergüenza, Matty, a tu edad.

Ella le dedicó una mirada desdeñosa.

—Sé cómo vienen los niños al mundo, gracias.

—Una madrastra —dijo Tissy, consternada—. Cuán simplemente repugnante.

—¿Puede uno preguntar con quién se ha casado? —dijo Esmond en voz baja—. ¿Y, esto, es joven?

—Se ha casado con una actriz, Rosina Otway.

Esmond soltó un largo silbido.

—Qué poco propio de él.

—No es joven —dijo Tissy—. ¿Qué diantres ha podido ver en ella?

—Es una preciosidad —dijo Esmond—. Y según tengo entendido, derrocha encanto a raudales.

—Es una mujer fácil —dijo Matty, que se leía todas las revistas de Jen cuando la doncella terminaba con ellas—. Siempre tiene amigos íntimos y constantes acompañantes, y todos sabemos lo que eso significa. Creo que no quiero a una mujer así como madrastra, muchas gracias.

—Bueno, pues parece ser que ya la tienes —dijo Philippa—. Una cosa: las actrices se divorcian de buenas a primeras. Es posible que no dure mucho. Ah, y no solo hemos perdido un padre y hemos ganado una madrastra, sino que, qué buena suerte la nuestra, además hemos ganado una hermanastra. Bien talludita, odio tener que añadir.

—En cuyo caso, tal vez no tengamos que verla nunca —dijo Tissy.

Dejaron de hablar al oír el familiar repiqueteo de los tacones de la señora Harbinger subiendo las escaleras.

—Harby puede darnos más detalles —dijo Matty—. Habrá escuchado a hurtadillas la conversación telefónica. Suéltalo —continuó, mientras la señora Harbinger entraba en la habitación, su delgada y enhiesta figura tiesa a causa de la noticia y de la reprobación.

—Pues resulta que sí que escuché casi todo lo que el señor tenía que decir. Y una cosa que el señor Fitz no te dijo, Philippa, fue que la nueva señora ha invitado a su hija a Landrake. Para que conozca a su padrastro. Y a sus hermanastras.

Un largo silencio esta vez, interrumpido por la sarcástica voz de Tissy.

—Qué alegría.

22 DE JUNIO DE 1934

VIERNES POR LA TARDE





Su madre se ha casado con un hombre muy rico, señorita Otway.

La respuesta de Cleo fue inmediata:

—Su cuñado se ha casado con una mujer muy bella y con mucho talento, señor Falconer.

Fitz se había tomado mucho tiempo para responder a la pregunta de Cleo. «¿Todo esto es propiedad de lord Landrake?», le había preguntado en tono despreocupado, como si no hubiese adivinado ya la respuesta.

Él continuó conduciendo sin responder por la sinuosa calle principal de Trewithiel; por delante de las casitas de campo pintadas de vivos colores cuyas puertas de entrada daban a las aceras elevadas de ambos lados de la carretera; por delante de una antigua posada, cuyo letrero, chillón, contenía una cimera y el nombre blasonado, el escudo de armas de los Landrake; por delante de una tienda de pueblo, con un tendero ataviado con un largo mandil marrón, que se quedó mirando el Lagonda sin capota al verlo pasar.

Entonces, había frenado, bastante bruscamente, y había apagado el motor, y se había vuelto para mirarla de frente y, después de todo eso, no había respondido en realidad a su pregunta.

En el silencio que se produjo tras estas palabras de ella dichas con prontitud, Cleo contempló el paisaje de Cornualles, que se perdía a lo lejos formando un manto de ondulantes campos, setos y bosques. Un río serpenteaba por una vega en la que unas reses castañas pastaban apaciblemente al sol de primera hora de la tarde. El graznido estremecedor de un zarapito reverberó por encima del agua serena, y junto al puente peraltado el río borbotaba por encima de piedras y guijarros. Una grulla, posada en una roca lisa a la vera del río, alzó el vuelo, provocando que un rebaño de ovejas sobresaltadas levantara un instante la cabeza de la hierba.

—¿Todo esto? —preguntó ella de nuevo.

—Jerry Landrake es el dueño de todo lo que está usted viendo, más o menos: tierras, bosques, vacas, ovejas y todas las casas del pueblo, incluida la tienda. Y la posada, conocida por todos los lugareños como El pato y el dragón.

—¿Por qué?

—El escudo de armas de los Landrake incluye un pato, un juego con la palabra *drake*, pato macho, y un dragón. Esta viene del latín, *draco*, que significa dragón. También significa serpiente o gusano, pero eso los Landrake lo ignoran. Podrá ver mejor el escudo de la familia cuando llegue a la casa.

—Supongo que es el dueño de las aves, incluso.

—Si se refiere a la grulla y los zarapitos y esos ruidosos mirlos que trinan sin cesar, no. Son, como usted perfectamente sabe, criaturas de la naturaleza que no rinden tributo a ningún señor temporal. Pero si viera pasar un faisán o una perdiz blanca, eso ya sería otra cosa; puede usted estar segura de que son de los Landrake, desde el pico hasta las plumas de la cola.

—¿Los aldeanos también, en cuerpo y alma?

—La servidumbre terminó hace mucho tiempo, más o menos cuando los *infang and outfang* quedaron pasados de moda.

—¿*Infang and outfang*?

—Delitos cometidos dentro o fuera de la tierra del amo, un elemento propio del rico entramado de la vida rural feudal.

Una pista de tierra salía de la estrecha carretera y bajaba hasta una iglesia, un vetusto edificio con una torre cuadrada, chata y almenada, y con una entrada magnífica. Se erguía en medio del paisaje con porte robusto y firme, como debía de llevar siglos haciendo.

—Parece que uno de sus aldeanos se ha encontrado con su creador, y ha quedado liberado de las ataduras feudales que pudieran seguir existiendo —dijo Cleo mientras contemplaba una escena congelada en el tiempo, un cuadro de algún moderno libro de horas. En un camposanto repleto de tejos y de viejas lápidas, a lo largo de la iglesia, se llevaba a cabo un entierro. Un grupito de personas rodeaba una tumba, tierra marrón amontonada encima de la hierba verde. Un clérigo con una sobrepelliz blanca que la brisa agitaba levemente leía de un gran devocionario. Algunas palabras del funeral les llegaron flotando en el aire.

*Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo,
y ningún hombre muere para sí mismo.*

Fitz Falconer salió del coche.

—Quédese aquí, no será ni un momento —le dijo alejándose ya, bajando por la ladera hacia el cementerio.

Abandonada en el asiento del pasajero, Cleo lo observó acercarse a los dolientes, quitándose el sombrero al llegar junto a la tumba. Dijo algo al hombre que estaba de pie junto al

clérigo, un señor de cabellos plateados y aspecto distinguido, vestido de etiqueta, con un sombrero de copa en la mano.

El momento estaba convirtiéndose en un rato. Cleo abrió la portezuela del auto y salió, contenta de estirar las piernas después del largo viaje en coche. Olió el aire, cargado de aromas de estío, mar y campo.

¿Qué estaba haciendo ella aquí? Era tan ajena a todo aquello que se sentía como una marciana recién llegada de Marte. O, más acertadamente, como si, siendo una terrícola, se hubiese despertado en Marte. Estaba desorientada, se sentía fuera de su elemento, esto era otro país. Maldita fuese su madre —pensó con repentina violencia—. Maldita fuera Rosina por meterla en todo esto. Hacía tan solo tres semanas, antes de que llegase el telegrama con el anuncio del inesperado matrimonio de su madre redactado de un modo tan extravagante, había pensado tan poco en visitar Cornualles como en irse de viaje a Mongolia. En lo que a ella atañía, Cornualles era un condado remoto en el que los naturales del lugar trabajaban en las minas de estaño y adonde iban los londinenses a pasar las vacaciones. Los entusiastas hablaban efusivamente de sus encantos; si Cleo quería luz brillante y costas soberbias, se iría al Continente, no a esta punta de Inglaterra.

Escuchó con atención los sonidos del campo, nuevos para ella. El trino de los pájaros, el runrún de un tractor lejano, un leve chapoteo proveniente del río al asomarse un pez a la superficie. En fin, no iba a quedarse sentada aquí esperando a Falconer, quien no daba muestras de regresar todavía. Un instante dubitativo y entonces echó a andar por el sendero, que bajaba hasta cruzar el portillo techado del cementerio y llegaba hasta la portada de la fachada occidental de la iglesia.

La puerta estaba enmarcada por siete arcos de piedra, cada uno de ellos tallado con intrincada ornamentación. Unos lucían motivos de ramas de cebada entrelazadas, otros rebosaban vida,

llenos de hojas y zarcillos poblados de extrañas bestias que retorcían el cuerpo y miraban fijamente a Cleo. En el centro del último arco había una cara de cuya cabeza, ojos y boca brotaban labradas espirales de follaje. Era un rostro atemporal, que miraba con sus ojos inexpresivos un espacio más allá de la visión de Cleo.

Cleo era una londinense, nacida y criada para las luces de la ciudad. Para ella el campo significaba la comedia ruralidad de Surrey, a tan solo media hora de distancia en tren, no un viaje de siete horas en automóvil hasta Cornualles. Nada de lo que había visto en Surrey en su vida habría podido prepararla para el verdor de belleza silvestre de esta extraña parte de Inglaterra, al otro lado del río Tamar. La cara la asustó, y Cleo empujó bruscamente la pesada puerta de madera con forma de arco.

Salió del intenso fulgor del sol y penetró en la tenue luz del interior de la iglesia. Los olores invadieron sus sentidos: a abrillantador, a piedra, a libros polvorientos y, sobre todo, fragancia de flores. La iglesia estaba llena de flores. Cleo se quedó asombrada, fuera no había visto ninguna flor en la tumba, y de alguna manera estas flores con su derroche de aromas y colores no eran flores funerarias en ningún sentido. No, eran flores de novia. La vista se le acostumbró a la penumbra y dio unos pasos hacia delante. No estaba sola en la iglesia, podía oír unas voces al fondo. Dos mujeres estaban arreglando flores. Una, de ondulantes cabellos castaños y con un sencillo vestido de algodón estampado, estaba cortando tallos de azucenas con unas tijeras de podar. La otra, una señora mayor con un traje de mezclilla sin el talle marcado y con unos quevedos firmemente sujetos a una nariz portentosa, de puente pronunciado y demasiado prominente para un rostro delgado y adusto, estaba andando de espaldas calzada con unos firmes zapatos abotinados, y con la cabeza ladeada. Estaba apreciando con la mirada la aglomeración de flores de alrededor del altar.

—Necesitamos unas cuantas azucenas más a la derecha del altar —dijo en alta voz, cosa que resultó desconcertante.

Cleo se metió con sigilo en la oscuridad de la parte trasera del templo, sin deseos de marcharse pero no queriendo tampoco que la vieran. La puerta chirrió de nuevo y entraron en la iglesia dos niñas de doce o trece años. Una era claramente hija de la mujer de cabellos castaños, y la otra una niña regordeta con unas trenzas rubias que le estiraban mucho el pelo hacia atrás, despejándole el rostro, de semblante malhumorado.

La mujer castaña levantó la mano y escudriñó la parte trasera de la iglesia, y entonces hizo señas a las niñas para que se acercaran. Ellas recorrieron rápidamente el pasillo central para reunirse con las dos mujeres, delante del altar. Entonces las cuatro desaparecieron por un lateral, desvaneciéndose el sonido de sus voces cuando la puerta se cerró al salir por ella. A solas en la iglesia, Cleo esperó unos instantes y entonces comenzó a andar lentamente por el pasillo que tenía a mano izquierda, dominado por un monumento enorme.

Cleo no era una persona dada a entrar en iglesias. De niña la habían llevado a catequesis dominicales infantiles en la cercana San Lorenzo, un feo edificio victoriano de ladrillo rojo y que olía no a viejo o a incienso, sino a ollas de caldo que las mujeres de la parroquia hervían en algún lugar de las profundidades de la iglesia, preparando sopa para los pobres del barrio.

Esta iglesia de campo, menuda y antigua, no podía ser más diferente de la decimonónica arrogancia de San Lorenzo. Aquí la cubierta era de madera, con estrellas pintadas apenas visibles, y arcos normandos en lugar de los altísimos arcos góticos del siglo XIX, y las ventanas de esta iglesia eran pequeñas y de vidrio transparente, en contraste con las chillonas vidrieras de San Lorenzo.

Habían colocado flores a lo largo de las estrechas repisas que recorrían cada ventana, rosas blancas y rosas, azucenas y, entrelazadas a lo largo de los alféizares, ramas de jazmín trepador amarillo-rosado, casi embriagador por la intensidad de su fragancia.

Debajo de las ventanas había placas conmemorativas de mármol, con loas a la vida y a la muerte de varios feligreses. Un nombre llamó su atención: Virginia Landrake, y debajo las fechas 1909-1915 y unas palabras, ilegibles bajo un adorno de rosas. Una vida interrumpida en plena niñez. Estiró una mano. Las rosas pinchaban llenas de púas, pero, si conseguía tan solo apartar un poco esas flores, podría ver más de cerca la placa. Si podía ver algo en la penumbra, de pronto la iglesia se oscureció más, como si hubiese pasado una nube por delante del sol, y con las sombras llegó una repentina sensación de frío. Y unas palabras, que la sobresaltaron, ¿cómo podían oírse tan nítidamente cuando el oficio religioso tenía lugar en el exterior? *Y Dios, en su infinita misericordia, ha estimado adecuado llevarse el alma de este querido niño...*

¿Niño?

Y entonces dos figuras salieron de entre las sombras, dos mujeres cubiertas con sendos velos, vestidas de negro de la cabeza a los pies; literalmente, de la cabeza a los pies, con unos vestidos que arrastraban por las polvorientas losas de piedra. Las mujeres se volvieron para mirar atrás, hacia el altar, invisible en el otro extremo de la iglesia, y, al girarse de nuevo, una de ellas se levantó el velo y miró a Cleo con unos ojos oscuros y fríos como el aire que la rodeaba.

Las figuras desaparecieron entre las sombras otra vez, dejando tras de sí un aroma a rosas embriagador.

La iglesia volvió a llenarse de luz y detrás de Cleo una voz dijo, con los nítidos y fríos tonos de la mujer inglesa de buena cuna:

—¿Puedo ayudarla? ¿Buscaba algo en concreto?

Cleo giró sobre sí y se encontró frente a frente con la mujer de cabellos grises.

—Solo estoy de visita. Las puertas de la iglesia estaban abiertas y por eso entré. No debería estar aquí, mientras se oficia un funeral, acabo de ver a dos dolientes.

—¿No me diga? Dudo de que haya ningún doliente. Y el funeral es fuera, en el cementerio, no aquí dentro.

—¿Estas flores son para el funeral?

La mujer emitió una risa estentórea.

—Yo diría que no. Nadie le guardaría ni una rosa a Arthur Foxton. Tenemos una boda mañana aquí, estamos a punto de empezar un ensayo.

Delante del altar la mujer castaña estaba diciendo unas palabras a las dos niñas que la miraban atentamente. Su voz bien modulada flotó nítidamente hasta el fondo de la iglesia.

—Entonces ella te dará sus flores.

La mujer de cabello gris estaba mirando a Cleo aún más atentamente.

—Yo sé quién es usted. Usted tiene que ser la señorita Otway. ¿Cómo sabía su nombre esa mujer?

—Soy Cleo Otway, sí.

—Eso pensé. No se parece nada a su madre.

Casi era una acusación, pero se trataba de una observación a la que Cleo estaba tan habituada que se la tomó con sosiego.

—No me parezco nada, no. Soy más de mi padre.

—El señor Falconer iba a traerla a usted de Londres en su coche, ¿no es cierto? ¿Dónde está?

—Esperándome, supongo —dijo Cleo—. Será mejor que me vaya.

La mujer le tendió la mano.

—Bienvenida a Trewithiel y a Landrake, señorita Otway. Soy la señora Harbinger. Volveremos a vernos. Estoy segura de que su estancia aquí le resultará una experiencia interesante.